

CUADERNOS

historia 16

El Mercado Común

J. Gil Pecharromás, Luis Díaz Güell y Angel Viñas



37

Con el ingreso de España y Portugal en el presente mes de enero, el número de países integrantes de las Comunidades Europeas se eleva a doce, y se integra así un compacto bloque territorial que abarca toda la Europa occidental y gran parte de la central.

El presente Cuaderno refleja el proceso de unificación europea, desde sus orígenes a la actualidad. En un primer artículo se revisa la historia de las Comunidades, así como los movimientos europeístas que las precedieron. Se describe luego la composición y el funcionamiento de los organismos comunitarios. Y, finalmente, se estudia el largo proceso político y económico que ha llevado a España a integrarse en la Europa unida.

*El presidente Felipe González firma el Tratado de Adhesión de España a la
CEE
en presencia del rey don Juan Carlos I, Madrid, 12 de junio de 1985.*

Indice

EL MERCADO COMÚN

La unidad europea

Por Julio Gil Pecharromán

Profesor de Historia Contemporánea.

Universidad Complutense de Madrid

Los padres de Europa

Las instituciones comunitarias

Por Luis Díaz Güell

Periodista

España y la CEE

Por Ángel Viñas

Catedrático de Estructura Económica.

Universidad Complutense de Madrid

Cronología

Relaciones España-CEE

Las Comunidades Europeas

Bibliografía

La unidad europea

Por Julio Gil Pecharromás

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

S IEMPRE han existido apóstoles de la Europa unida. Estadistas y políticos como Napoleón. Metternich o Briand: filósofos y escritores como Leibniz, Montesquieu, Saint-Simón o el abate Saint Pierre, soñaron modelos de integración continental que iban desde la federación igualitaria de Estados hasta la desaparición de éstos, fundidos en una común soberanía europea.

Durante siglos, la historia jugó en contra de este ideal. Inmersos en las querellas nacionalistas, atraídos por la aventura imperialista en otros continentes, afanados en la construcción de Estados fuertes e industrializados, los pueblos europeos descuidaron durante mucho tiempo el cultivo de sus intereses comunes. Mientras, sus sistemas económicos y políticos, sus valores morales y culturales, se extendían a todos los rincones del planeta.

La competencia entre las naciones de Europa originó la Primera Guerra Mundial. De ella salieron todas debilitadas, muchas de ellas humilladas y mutiladas. Y las viejas rencillas, lejos de resolverse, se enconaron.

Para muchos, la Gran Guerra significó el comienzo del fin de la civilización europea. Para ellos, el continente había entrado en un agudo proceso de decadencia frente a los nuevos poderes surgidos en su entorno. Algunos vieron la

solución de la crisis en el resurgir de los particularismos nacionales, en la hegemonía de los más fuertes. Y surgieron los regímenes totalitarios, de un nacionalismo xenófobo y excluyente.

Otros, los menos, alcanzaron a comprender que la capacidad de reacción de Europa dependía precisamente de la capacidad de superación de los nacionalismos estrechos y de la adopción del europeísmo, como proyecto común. Políticos como Aristide Briand, Gustav Stresseman o Luigi Einaudi creyeron ver en el federalismo la solución a la integración europea. Esta idea había tomado cuerpo en 1923, cuando el austriaco conde Coudenhove-kalergi fundó el movimiento Pan-Europa.

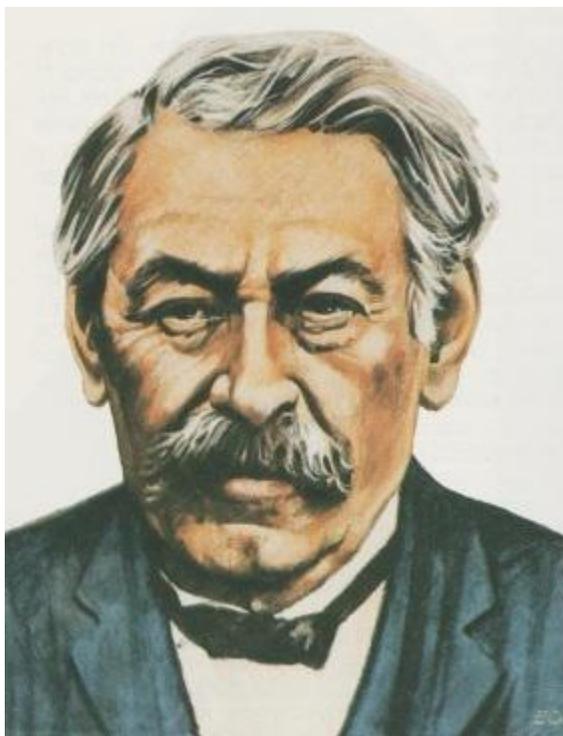
El paneuropeísmo vivió su época dorada en la segunda mitad de los años veinte. La labor pacificadora de la Sociedad de Naciones y el acercamiento franco-alemán permitieron alentar la esperanza en la construcción de unos Estados Unidos de Europa. Sobre la base de un *pacto militar, político, económico y aduanero*, el proyecto federalista se proponía garantizar la paz en el continente y el desarrollo de sistemas democráticos en el conjunto de sus países.

En 1929, Aristide Briand propuso en Ginebra, sede de la Sociedad de Naciones, la elaboración de un pacto federal entre los Estados europeos. El *memorándum Briand*, acogido con entusiasmo en ciertos medios intelectuales, sólo encontró incompreensión en los Gobiernos. Poco después, la crisis económica y el auge de los totalitarismos volvieron a situar a las naciones de Europa a las puertas de la guerra civil, la segunda que conocerían en el curso de una generación.

La Segunda Guerra Mundial pareció representar el fracaso de los ideales federalistas y paneuropeos. Pero un escogido grupo de políticos, empresarios y sindicalistas entendió que el desenlace del conflicto significaba en realidad la muerte de los nacionalismos chauvinistas y el inicio de una nueva etapa, más propicia para la unión europea.

Sobre la Europa destruida sería fácil levantar un nuevo orden. Quienes habían combatido en la resistencia antifascista compartían, al margen de sus ideologías, la misma voluntad de no recrear los errores del pasado.

El europeísmo resurgió con gran fuerza en una Europa ocupada militarmente por soviéticos y americanos. El 19 de septiembre de 1946, Winston Churchill se pronunció en Zurich a favor de la construcción de los Estados Unidos de Europa, de los que el Consejo de Europa debía constituir el primer paso en el camino de *la reconstrucción de la familia europea*.



Aristide Briand.



Winston Churchill.



Cartel italiano en favor de la reconstrucción europea, editado en 1947.

La vibrante llamada de Churchill: *¡En pie, Europa!* congregó a numerosos seguidores de los ideales europeístas. A partir de 1946 surgieron siete organizaciones que perseguían tales fines: la Liga Europea de Cooperación Económica, formada por empresarios y dirigida por Paul Van Zeeland; el Movimiento para la Europa Unida, agrupado en torno a Churchill; el Consejo Francés para la Europa Unida, de Raoul Dautry; los Nuevos Equipos Internacionales, de orientación demócrata-cristiana, creados por Robert Bichet; el Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, presidido por Bob Edwards; la Unión Europea de Federalistas de Henri Brugmans, y la Unión Parlamentaria Europea, dirigida por Georges Bohy.

Todos estos grupos, menos el último, convergieron en mayo de 1948 en el Comité Internacional de Coordinación para la Europa Unida, presidido por el conservador británico Duncan Sandys. Reunidos en La Haya, sus integrantes dirigieron un llamamiento a los pueblos europeos: *Ha llegado la hora para las naciones de Europa de transferir alguno de sus derechos soberanos para ejercerlos, de ahora en adelante, en común, con el objeto de coordinar y desarrollar sus recursos.* En octubre de 1948 el Comité daba un paso más hacia su conversión en una poderosa corriente de opinión al transformarse en el Movimiento Europeo.

Sentada la voluntad política de construir una Europa unida, quedaban por realizar dos tareas fundamentales: emprender la recuperación económica del continente y obtener el visto bueno de soviéticos y americanos para la consecución de los proyectos federalistas.

Del «plan Marshall» al «plan Schuman»

Desde los primeros años de la posguerra, una Europa arruinada y ocupada militarmente se vio presa en la dialéctica de la *guerra fría*. En los países ocupados por el Ejército Rojo, los partidos comunistas se habían ido haciendo con el poder entre 1945 y 1948, estableciendo *democracias populares*. Al oeste del telón de acero, Estados Unidos ejercía una implacable tutela sobre unos Estados que se vieron impelidos a prescindir de la colaboración comunista en las tareas gubernamentales.

Puesto que la URSS había sufrido enormes pérdidas durante la guerra y las agencias especializadas de la ONU carecían de recursos suficientes para ello, la ayuda para la rápida recuperación económica del continente sólo podía proceder de Norteamérica. Los planificadores estadounidenses concebían un mundo de la posguerra entregado a las prácticas del librecambismo, y miraban con manifiesto

recelo la política socializadora de los Gobiernos europeos. En consecuencia, buscaron soluciones para impedir que una Europa empobrecida y desorganizada adoptara modelos económicos próximos al socialismo soviético.

En 1947, la Administración Truman lanzó el *plan Marshall* —que tomaba su nombre del secretario de Estado norteamericano, George Marshall—, que preveía la concesión de grandes créditos y facilidades económicas a aquellos países que se adhirieran a un proyecto común europeo. Diecisiete Gobiernos europeos contestaron afirmativamente al *plan Marshall* y crearon la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) para administrar sus fondos. La OECE constituía un principio de coordinación económica, pero vinculaba la reconstrucción de Europa a la liberalización del comercio internacional y al reconocimiento de la hegemonía política y económica de Estados Unidos.

Los países del Este se encontraban ya demasiado vinculados a la Unión Soviética como para alinearse en el campo norteamericano. Aquellos que en principio mostraron interés por el *plan Marshall* tuvieron que reconsiderar su postura. De modo que hacia 1948 —y especialmente tras el *golpe de Praga*— el proyecto de unión europea se escindió en dos campos prácticamente irreconciliables: el de los países de la OECE, muchos de los cuales se integrarían en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como aliados militares de Estados Unidos, y el de los países socialistas, vinculados a la Unión Soviética, cuyos procesos de reconstrucción económica y de integración regional a través del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y del Pacto de Varsovia serían más lentos y mucho menos efectivos.

En la Europa occidental, donde la ayuda norteamericana facilitó una rápida reconstrucción, el camino de la recuperación económica fue señalado por tres pequeños países: Bélgica, Holanda y Luxemburgo. A comienzos de 1948 pusieron en marcha un proceso que habían previsto cuatro

años antes sus Gobiernos en el exilio: la creación de una unión aduanera, el Benelux, que iba a servir de ensayo para posteriores iniciativas. En cierto modo, el éxito del Benelux —que en 1958 se convirtió en unión económica— posibilitó la existencia del Mercado Común Europeo.

El proceso de integración económica y política de los países de la OECE se reveló, sin embargo, falto de voluntad política por parte de algunos Estados miembros y lleno de dificultades técnicas. Así, un proyecto de unión aduanera entre Italia y Francia, puesto en marcha en 1949, fracasó ante el temor de los empresarios y sindicalistas franceses a una invasión comercial y laboral por el país vecino. Igual suerte corrieron la proyectada Comunidad Europea de los Transportes y la Comunidad Europea de Defensa (CED), propuesta por el primer ministro galo, René Pleven, a finales de 1950 y que encontró la abierta oposición de los partidos comunistas y del gaullismo francés, opuesto a la integración de Alemania en un futuro Ejército europeo.



George G. Marshall (izquierda). Cartel editado por el Partido Comunista francés contra la CED (derecha).



Dresde en 1945, un claro símbolo de la destrucción de Europa en la posguerra.

Pero estos fracasos no desalentaron a los europeístas, que lograron éxitos significativos. En 1950 se constituyó la Unión Europea de Pagos para facilitar las relaciones comerciales entre los miembros de la OEEC. Cinco años más tarde nacía la Unión Europea Occidental, organización político-militar que agrupaba a siete Estados miembros de la OTAN.

Pero el primer paso verdaderamente importante para la unidad europea fue la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) en 1951. Su origen se encuentra en una idea del francés Jean Monnet, que pretendía devolver a Europa su carácter de gran potencia industrial. La iniciativa fue recogida por su compatriota Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores, quien el 9 de mayo de 1950 expuso las bases del plan que lleva su nombre: *El Gobierno francés propone colocar el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y acero bajo una alta au-*

toridad común, en una organización abierta a la participación de los demás países de Europa.

El proyecto, que intentaba entre otras cosas imposibilitar una nueva guerra entre Francia y Alemania, iba más allá de una simple unión aduanera y pretendía sentar *las primeras bases concretas de una federación europea*, pero sólo afectaba a un sector del comercio continental.

La idea de Monnet y de Schuman encontró una desigual respuesta. Los países socialistas, la Europa nórdica y Gran Bretaña se mantuvieron al margen. Pero políticos como el primer ministro italiano, De Gasperi, y el germano-occidental, Adenauer, se adhirieron rápidamente a la propuesta. Pocas semanas después se reunían en París delegaciones de Alemania Federal, Italia, Francia y los tres países del Benelux, y tras un año de trabajo concluían el acuerdo que daba vida a la CECA. Jean Monnet fue designado para la dirección del nuevo organismo.

La CECA se convirtió pronto en una auténtica institución europea. La gobernaba una *Alta Autoridad*, asistida por un *Comité consultivo profesional*. Los países miembros estaban representados por el *Consejo de Ministros* y el poder judicial lo ejercía un *Tribunal de Justicia*. Entre sus competencias figuraba la negociación de acuerdos sectoriales con otros países europeos. Desde febrero de 1953 asumió el control de la producción de lo que se llamó Mercado Común del carbón, el hierro y el acero. Por primera vez las potencias industriales de la Europa continental subordinaban parte de su ordenamiento económico a una institución comunitaria y supranacional. La *Europa de los Seis* acababa de nacer.

El Mercado Común Europeo

Pese a la importancia de este hecho, la unidad europea seguía encontrando serias resistencias. Aunque la creación

del Consejo de Europa en 1949 mostró la existencia de una voluntad política común, el veto francés a la CED constituyó un serio golpe para las ilusiones de los europeístas. La negativa del Parlamento de París a ratificar el tratado, en 1954, provocó la dimisión de Monnet al frente de la CECA.

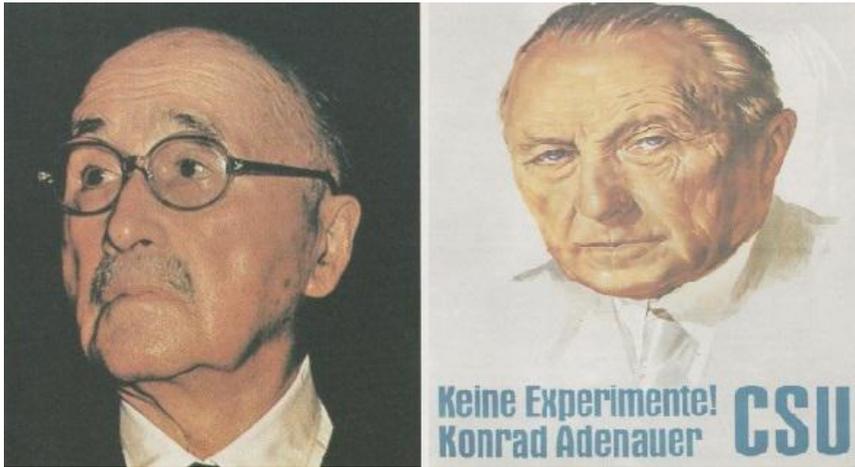
En busca de sucesor, los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad se reunieron en junio de 1955 en la ciudad italiana de Mesina. Pese a ciertas reservas francesas, los presentes adoptaron un *memorándum* de los ministros del Benelux, que pretendían extender el ámbito del Mercado Común a todos los sectores de la economía de los Seis. Una comisión de expertos, presidida por el belga Paul Henri Spaak, quedó encargada de estudiar las modalidades de la nueva etapa de integración.

El 25 de marzo de 1957 se firmó en Roma el tratado que daba existencia a la Comunidad Económica Europea (CEE) y a la Comunidad Europea de Energía Atómica (CEEA, más conocida como Euratom). Firmaron el tratado Pineau por Francia, Luns por Holanda, Spaak por Bélgica. Bech por Luxemburgo, Segni por Italia y Adenauer por la República Federal Alemana.

El tratado constitutivo de la CEE —que popularmente se conocería como Mercado Común— establecía la prohibición de mantener entre los Estados miembros derechos de aduana para la importación y exportación, así como la adopción de una tarifa aduanera común en sus relaciones con terceros países.

El tratado garantizaba asimismo la libre circulación de personas, servicios y capitales dentro de la Comunidad: prohibía la existencia de monopolios y las ayudas estatales a sectores de la economía; preveía la adopción de una política común en materia agrícola y de transportes, y la creación de un Banco Europeo de Inversiones. Asimismo, se garantizaba la concesión de privilegios comerciales a los territorios coloniales de los Estados miembros.

Los fines de la Euratom eran fomentar la formación de técnicos e investigadores y la difusión de conocimientos sobre la energía nuclear, vigilando su utilización para usos exclusivamente pacíficos.



Jean Monnet, uno de los padres de la unidad europea (izquierda). Konrad Adenauer en un cartel electoral alemán (derecha).



Cartel italiano contrario a la CED.